

Guarionex habia ofrecido su amistad á Colon.

Pero antes habia jurado coligarse con los demás caciques.

—Sea lo que quereis,—exclamó.

Y cayendo en una profunda melancolía, se dispuso, sin embargo, ayudar á los indios en su obra de destruccion.

Capítulo XIX.

La vanidad.

Caonabo no queria perder tiempo.

Pensando que despues de haber hecho el almirante la paz con Guacanajari y Guarionex estaria descuidado, quiso con algunos ciguayos, en los que tenia la mayor confianza, hacer un viaje misterioso á los alrededores de la Isabela para conocer el terreno y ver si podia caer sobre la colonia del mismo modo que habia caido algun tiempo antes sobre la fortaleza de la Navidad.

Mientras que llevaba á cabo este propósito, los soldados de Colon y muchos operarios levantaban en el territorio de Guarionex un fuerte, al que dieron el nombre de la Concepcion.

Tambien reforzaron el de la Magdalena.

Grande era la satisfacción del almirante por los triunfos morales que había obtenido.

Pero sabía de sobra que mientras no tuviera á Caonabo en su poder, aquel feroz guerrero sofocaría todos los sentimientos de generosidad en el ánimo de los demás caciques y llevarían á cabo la guerra, porque aunque no le había visto todavía frente á frente, había comprendido que su único deseo era mostrar una gran superioridad sobre los demás caciques soberanos, captarse la admiración y el amor de todos los indios, y convertir los cinco estados en uno solo bajo su mando.

Era valiente y era ambicioso.

Estas dos circunstancias eran bastantes para animarle en aquella atrevida empresa.

Pero no había medio de llegar hasta él.

La naturaleza había colocado en torno de sus estados sierras inaccesibles, verdaderas murallas y baluartes, que hacían imposible el paso de los españoles para llegar hasta sus dominios y darles en ellos la batalla decisiva.

Por otra parte, enviarle emisarios proponiéndole paz, era perder tiempo.

Dado el carácter impetuoso de Caonabo, enviarle embajadas era ofrecer víctimas á su odio.

Ya había pedido Cristóbal Colón á su hermano y á los altos funcionarios que le acompañaban consejo acerca de la manera que debería emplear para deshacerse de aquel temible caudillo, y ninguno acertaba á aconsejarle, porque todas las noticias que sabían por

los indios acerca de él confirmaban á los españoles en la creencia de que el verdadero obstáculo que hallarían á sus designios, que el enemigo á quien difícilmente podrían dominar, era á Caonabo.

En esta duda estaba el almirante, cuando llegaron dos soldados de la fortaleza de Santo Tomás con un pliego de Ojeda dirigido á Colón.

En aquel documento le participaba el gran ascendiente que su última campaña le había dado sobre los indios de los alrededores.

—Sólo hay un medio,—añadía,—de apoderarnos por completo del país. Su llave es Caonabo. Una vez en nuestro poder este terrible guerrero, á quien los suyos creen invulnerable, sin necesidad de derramar una sola gota de sangre podremos hacernos dueños de la isla, penetrar en las montañas del Cibao, registrar sus minas y apoderarnos del oro que encierren. Yo he concebido un plan. Para realizar este designio, solo espero vuestra autorización y una persona que me reemplazase en la fortaleza; y con diez españoles que yo elija, y diez caballos vigorosos que no desalienten, me comprometo á entregaros á Caonabo en un breve plazo.

Esta proposición aventurada resolvía el problema.

Pero, ¿no sería una temeridad?

¿Podría Alonso de Ojeda con diez ginetes penetrar en los estados del caribe y apoderarse de él?

Concediéndole la licencia que solicitaba para llevar á cabo este propósito audaz, ¿no le entregaba á los enemigos? Y en este caso, ¿no sufriría muchísimo

erdiendo á uno de sus más bizarros capitanes? Vacilante estaba Colon cuando su hermano Bartolomé inclinó su ánimo á que concediera á Alonso de Ojeda la licencia que solicitaba.

Hizolo así en efecto, y enviando á Luis de Vives para que le sucediera en el mando de la fortaleza, le mandó llamar para que le comunicara su plan.

No se hizo esperar mucho Alonso de Ojeda.

Acompañado de diez hombres de toda su confianza y de un indio, de aquel indio que le habia llevado en los momentos de la escasez las dos palomas, y el cual, admirado de su valor, habia sido desde entonces uno de sus más adictos servidores, llegó dos dias despues á la Isabela y se presentó al almirante.

—¿Estais seguro,—le preguntó Colon,—de que podreis realizar vuestro propósito con solo el concurso de diez hombres?

—Los diez que traigo me bastan. No hay uno de ellos que no se deje matar por mí, y el indio que me acompaña me servirá de guia, me conducirá por atajos hasta el paraje en donde pueda encontrar á Caonabo, y cuando le tenga en mi poder me ayudará á llegar cuanto antes á vuestra presencia, para poner bajo vuestra salvaguardia á vuestro más formidable enemigo.

—Mucho temo que os engañe la esperanza.

—Tal vez, pero lo único que puedo asegurar es que estoy resuelto á traerle ó á no volver jamás, porque de no apoderarme de Caonabo tendrán que ma-

tarme sus vasallos, y lo mismo sucederá á los que me acompañen.

—¿Y qué necesitais?

—El viaje es largo; habrá que andar unas sesenta leguas para llegar hasta el punto en donde se encuentra á la sazón Caonabo con el grueso de su ejército, y lo ménos necesito ocho dias.

Dadme viveres y municiones para quince dias, y además unas esposas de acero para traerlos encadenado al cacique.

Colon dió las órdenes oportunas para complacer á Ojeda, y al dia siguiente muy temprano oyeron misa él y sus diez compañeros en la iglesia; escogió despues unas esposas de acero bruñido, que aún no se habian usado, cargó una mula con los viveres, hizo jurar á sus diez camaradas que no volverian sin Caonabo, y despidiéndose del almirante y de los demás colonos, partió precedido del indio en busca del cacique.

Ojeda habia invocado la proteccion de su santa patrona la Virgen, y como en todas sus empresas, cerró los ojos, confiado en el amparo de la reina de los cielos.

Atravesando bosques, vadeando rios y pasando muchas noches al sereno, llegó por fin el sétimo dia á una de las ciudades más populosas de los dominios de Maguana.

En este punto estaba Caonabo con todos sus guerreros aguardando á que llegara Gayacoa y Boechio para ponerse en marcha y dirigir su ataque á

la Isabela, cuyos alrededores habia explorado algunos dias antes.

Apenas divisaron á lo lejos sus espías el destacamento que mandaba Ojeda, corrieron á avisarle su llegada.

Caonabo, por lo que pudiera suceder, preparó sus huestes al combate.

El indio que guiaba á Ojeda se adelantó por orden suya, y habló con el cacique.

— Señor, — le dijo, — Alonso de Ojeda, el defensor del fuerte de Santo Tomás, cuyo valor conoces, viene á verte en nombre del guaquimina ó jefe de los españoles para proponerte la paz.

Como algun tiempo antes habia despachado á Colón una embajada con el mismo objeto á Guarionex, pareció natural á Caonabo que á su vez le enviase nuevos embajadores.

Consideró además como un honor que, para tratar con él, hubiera nombrado á aquel guerrero, el más valiente de los españoles, y esto aplacó un tanto su ira, porque satisfizo su amor propio.

— Pide tu vénia para llegar á saludarte, — añadió el indio.

— Dile que aquí le espero, — contestó Caonabo, que deseaba ver de cerca á aquel héroe, que aunque le habia derrotado, habia despertado en su alma una profunda admiracion, porque en cierto modo le consideraba superior á él.

Caonabo era valiente, y aunque deseaba la destruccion de los extranjeros, no cruzó por su imagina-

cion la idea de aprovecharse de aquella circunstancia, en que solo diez hombres iban á verse en su poder, para decretar su muerte, ni siquiera su cautiverio.

Pero aquella era una ocasion favorable para que pudieran los españoles ver cuán numeroso era su ejército, y mandando á toda prisa emisarios á los otros caciques para que al dia siguiente llegasen con sus tropas, formó un gran campamento con los demás de los alrededores de la poblacion, rodeó su rústico palacio de guardias con flechas y lanzas, y, para mayor pompa envió á Umatex para que conferenciara con Alonso de Ojeda, y le anunciase que al dia siguiente le recibiria para oír sus proposiciones.

Acampó Ojeda á corta distancia de la poblacion, y Caonabo, experimentando una extraña alegría al ver que iba á hallarse en presencia del español á quien más admiraba, aguardó el nuevo sol al lado de Anacaona su esposa y de Higuamota su hija.

— Ese guerrero, — dijo ébrio de gozo, — ese caudillo que tan humildemente ha venido á ofrecerme la paz, es el más poderoso de todos los extranjeros, el más digno de mí. Bien ha hecho su guaquimina en enviármele; hubiera desoido á todos los demás; acaso, acaso me hubiera aconsejado la ira devolverle sobre aceradas lanzas la cabeza de su enviado; pero á este quiero verle, quiero oírle, y si consiente en abandonar á los suyos por venirse conmigo, si al brindarme paz y amistad en nombre de los extranjeros me asegura su comision, entonces depondré las

armas y realizaré mi sueño, Anacaona, mi sueño, que es ser rey soberano de la isla.

—Temo que la ambicion te arrastre y te ciegue, — exclamó la india, viendo con pena la alegría que brillaba en los ojos de Caonabo.

—¿Por qué temes?

—Vagoniana, que dispone las cosas, dividió á Haiti en cinco reinos, y dió el poder supremo á Guacanajari, mi buen padre; y mi hermano Boechio, Guarionex y Gayacoa, á pesar de ser grandes caciques para empuñar el cetro, han jurado obediencia á Guacanajari.

Tú naciste entre los caciques. Eres un pobre guerrero; los triunfos te elevaron, y más tarde obtuviste con mi amor el mando de la parte más rica de la isla. No contento, aspiras á destruir la obra de los siglos, y quieres ser único soberano; la ambicion te ciega. Aparta de tí ese pensamiento; arma tu brazo, sí, pero para librar á tu pátria del yugo de los extranjeros.

Yo estoy dispuesta á seguirte al combate; nuestra adorada hija nos seguirá tambien, y su inocencia y mi amor reanimarán las fuerzas de tu espíritu si desfacelle. Pero no aspiras á satisfacer tu ambicion. Un terrible presentimiento me dice que si no desistes de tu ambicioso proyecto, causarás tu ruina y la de tus vasallos.

—Otro presentimiento me dice á mí, —contestó Caonabo, —que la única salvacion de Haiti es la realizacion de mi proyecto. La maldicion de Vagoniana

pesa sobre Guacanajari. Guarionex ha sido débil, y se ha dejado seducir por los extranjeros. Su inteligencia está con nosotros; su corazon con ellos. Boechio morirá sin descendencia. Gayacoa es un valiente caudillo; pero no sabe gobernar. Yo los estimaré á todos, yo los consideraré á todos, yo los colocaré en los primeros puestos de mi imperio; pero el poder soberano será mio.

—La ambicion es una víbora que muerde tu pecho y envenena tu sangre.

—Cálmate, Anacaona, confia en mí; mi tzimes protector es quien me aconseja; él no puede engañarse ni engañarnos.

La noche tendió su manto por el firmamento.

Higuanamota reclinó la cabeza sobre el regazo de Anacaona, y un dulce sueño cerró sus ojos.

La reina india no podia dormir.

Extrañas visiones turbaban su tranquilidad.

Su corazon estaba oprimido como si presintiera una gran desgracia.

Elevó al cielo los ojos para bañar su mirada en la melancólica luz de la luna, y el astro de la noche, ocultándose tras negras y espesas nubes, dió un aspecto siniestro al horizonte.

Umatex llamó á Caonabo.

El cacique salió, y fué al encuentro del jefe de los ciguayos.